LIBRO dot.com

Agitadores y multitudes en

"Hacia la Justicia"

José Ingenieros

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Agitadores y multitudes en "Hacia la justicia"

Agitadores y multitudes en

"Hacia la justicia"

La crítica médico-psicológica, aplicada al análisis de los tipos presentados en las obras de arte, tiene ya luminosos precedentes que la explican y justifican. Charcot y Richet estudiaron los demoníacos en el arte, Ferri y Alimena algunos personajes de Shakespeare, Zola, Bourget , D'Annunzio, Ibsen, Tolstoi, Dostoievski. Lombroso paseó su mirada psiquiátrica por las almas que se mueven en *Germinal* de Zola. Lefort escudriñó la psicología íntima de los personajes representados en las grandes telas clásicas. Nicéforo analizó los degenerados y criminales del infierno dantesco. Debove disecó, en su ironismo sublime, los personajes sobresalientes de Molière. Sighele y Sciamanna algunos tipos de d'Annunzio. Patrizi los personajes burilados por los Goncourt. Nordau en su *Degenerescence* estudia la psicología de algunos tipos artísticos para inducir la morbosidad psíquica de sus autores. Laschi los delincuentes aristocráticos y bancarios de Lemaitre, Balzac, Zola e Ibsen. Leggiardi-Laura y Gräf los protagonistas de la clásica novela de Manzoni. Longo los bandidos de Schiller y algunas trágicas siluetas psicológicas de Ibsen. Geyer somete, una a uno, al cedazo de la crítica médica los personajes ibsenianos. Rossi ausculta el alma inmensa de las multitudes en la novela antigua y moderna. Schurè pone sobre el tapete de la psicología la lucha del sentimiento y la voluntad en los personajes de Ibsen y de Maeterlinck. Regis estudia la locura en el arte dramático. Mi erudición incompleta sólo me permite agregar que la "Gaceta Médica de París", dirigida por Baudouin, tiene una sección permanente de crítica médico-literaria en la que son analizados psicológicamente los personajes de todas las novelas y dramas que ven la luz pública en Francia. Queda así explicada, con la labor de esos antecesores ilustres, mi intromisión crítica en *Hacia la justicia*, de Sicardi, con el propósito de realizar el análisis psicológico de los personajes y las multitudes que en ella viven, a la luz de la sicopatología.

Sicardi ha sabido infundir en algunos de sus personajes una vida intensa y palpitante, verdadero derroche de acciones y pasiones. En *Hacia la justicia* las páginas psicológicas paralizan la atención del lector y del crítico. Son sentimentalismos venenosos o místicos, idealismos demoledores o rosa crúcianos, brazos que arrojan la bomba o levantan el crucifijo, y turbas de alma ardiente como el incendio, ruidosa como la tromba, arrebatada como el huracán. Observemos.

Germán

Un invierno. Con él han venido la miseria y la desolación al suburbio, donde se agitan las chusmas bajo el harapo mugriento. Sobreviene la inundación que todo lo arrasa, hasta que huyen los obreros de sus chozas, en una noche de ensambladura trágica. Y mientras emigra la plebe, dejando en la fuga la catástrofe a la espalda, rumbo a la desesperanza, resuena en la tiniebla la voz profética y amenazadora de Germán que llama a la rebelión, grita la venganza del pobre con el rico, esparciendo la simiente desoladora del exterminio. Un relámpago la interrumpe. A su eclosión luminosa se ve brillar en sus manos un tubo de bronce, y cuando hace ademán de arrojarlo en medio del tropel, muchos retroceden en fuga, precipitadamente. Es una bomba de dinamita.

Germán, como encarnación del *meneur* anarquista, es un tipo psicológico perfecto. Hamón, que ha escrito un largo libro sobre la "psicología del anarquista" tendría mucho que aprender si analizara este personaje de Sicardi. Un individuo, considerado psicológicamente, es la resultante de su herencia psicológica y de las ingestiones que recibe constantemente del medio en que vive, las que constituyen su educación. Y bien, la herencia de Germán es la matriz perfecta para hacer germinar la venenosa floración sectaria del anarquismo dinamitero. Su padre es Valverde, sujeto ultra infame, con ausencia congénita del sentido moral, que vive resbalando a cada paso en la ciénaga tenebrosa de todos los delitos. ¿Su madre? -Misterio. El dinamitero debía ser hijo de un amor ilegal, sino de un fugaz capricho de la sensualidad excitada por alguna orgía de prostíbulo. Sobre esa materia prima viene la educación funesta. Se inicia sin control doméstico, al azar, como grano de arena que el destino echa a rodar desde el pico nevado de una alta cumbre; y así rueda por la falda escarpada de la vida, entre una educación jesuítica que le repugna, viendo infamias, oyendo denuestos, sugestionándose por lecturas corrosivas, hasta que recibe el testamento de su padre, verdadera biblia del mal, que precipita de una vez esa mente degenerada. Y va rodando por la abrupta cuesta; aumentando su magnitud, adquiriendo contornos de pavorosa avalancha que arrasa, al pasar, todos los sentimientos de moral, de solidaridad social y engendra un anarquismo que no es piedad por el pobre sino venganza contra el rico, que no es proclamación sino alarido, que no es regeneración sino apocalíptico derrumbamiento.

Y cae al abismo. Se va tras una prostituta, una pobre loca moral como él, síntesis de todos los odios torpes y de todas las infamias urticantes, orquídea venenosa, y con ella se lanza a propagar la huelga, la rebeldía, la devastación.

Como tipo artístico del genio destructor, Germán es magnífico. En ciertos instantes parece que en torno de su cabeza loca brillara una aureola de humo rojizo y caliginoso, cual si su busto se irguiera, amenazador, sobre el fondo de un incendio de petróleo. Pero ese salvajismo sublime carece de solemnidad porque el genio de la destrucción debe ser siniestramente solemne. Y dígalo si no la tela sensacional de Schneider, "el anarquista", en que un bello hombre, de virilidad soberbia, se prepara a arrojar, con gesto casi sacerdotal, una bomba humeante a los pies de los ídolos. El bello gesto es la disculpa artística del destructor; Nerón citarista ante el incendio, por ejemplo, o aquel otro bello gesto que tan felizmente elogiara Laurent Tailhade cuando aún vibraba el estampido de la bomba de Henry Vaillant.

Este elogio al anarquista de la obra de arte requiere una salvedad. En la vida real no hay un solo sectario que se le parezca. Germán es una síntesis psicológica, no un tipo psicológico verdadero; es el anarquista como debiera ser, no como es. Más parece símbolo que retrato, encarnación del anarquismo que expresión del anarquista.

Y hablo, tocante a esto, con la autoridad que puede darme el conocer personalmente a casi todos los anarquistas que han pisado Buenos Aires, desde los intelectuales Malatesta y Gori hasta la última canalla carcelaria que se titula anarquista. En algunos la anarquía es una expresión de misticismo antisocial, ilustrado a veces, y hasta recubierto de vestidura científica más tarde, cuando se quiere disimular bajo manto positivo el embrión metafísico y sentimental de la profesión de fe primitiva; en otros casos es simple vanidad, apego a la posa, vértigo del aplauso embriagador y de la fácil popularidad; no faltan los literatos, en quienes la doctrina comienza por ser un bello gesto antiburgués, siendo grave el peligro de que la sugestión sectaria ahogue toda originalidad estética en el artista que le rinde homenaje; muchos, por fin, son simples degenerados, en quienes la herencia mórbida se asocia a la miseria, la ignorancia, el alcoholismo, la pobreza fisiológica, todo, para engendrar un espectro de agitador tanto más fanático y peligroso cuanto mayor es su inferioridad mental. Son cuatro tipos diversos de agitadores, de "meneurs", que sirven de levadura, de fermento para convulsionar la chusma ya predispuesta por la ignorancia y la miseria.

El Germán de Sicardi sintetiza todos los tipos, aunque con predominio del último, porque es ante todo un degenerado, y, de una manera negativa, un degenerado superior. Ha leído mucho y malo, ha meditado en las horas dolorosas de su infancia sin que la caricia tierna de una madre amorosa pusiera en su alma pensamientos bondadosos. Y, por fin, encuentra su otra media naranja psicológica en Goga, con la que le veremos realizar la perfecta pareja criminal, resbalando vertiginosamente por la pendiente del "delito de dos" hasta los horrores del asesinato y del incendio.

Germán es lógico; muere como nació y como ha vivido. La tuberculosis le mina, implacablemente, el organismo desde la infancia. Mientras la sugestión sectaria da vuelcos a su razón, la vida, locamente crapulosa, le despedaza los pulmones. Una vez llegado a la acción el organismo enfermo le traiciona; cae, el hospital le acoge, y, ante la hermana de caridad que le asiste en su agonía, el delirio le asalta, las alucinaciones le estremecen, dejando de ser palabras las suyas para convertirse en estridentes blasfemias. "No continuó más, porque un chorro de sangre caliente saltó de su boca y fue a manchar la toca blanca de la monja. Luego la cara se contrajo en un trismus diabólico y un poco de espuma enrojeció sus labios. Germán Valverde se había quedado quieto y atónito con las pupilas dilatadas. Había muerto, en medio de un silencio de sepulcro!..."

Goga

Flor de manicomio, orquídea de lodazal, corola extraña que entre sus encantos cromógenos anida polen pestífero y explosivo, tal es Goga. Germán la conoce por casualidad. Ella regresa de alguna orgía infame o se levanta de mercimoniar su belleza prematuramente marchita. Un indigno, su primer seductor, pretende que ella le siga y la violenta. Germán, que todo observa desde la ventan en que rumia sus sombríos pesimismos, se indigna, clama, la defiende con el gesto y con el grito. Goga, libertada del violentador, dirige hacia él sus ojos húmedos de inenarrable dulzura, y con su voz de sibila: "Te agradezco. Has tenido lástima de esta pobre basura. Con todos, pero con él nunca ¡Adiós!"

El degenerado Germán Valverde tenía que sentirse violentamente seducido por ese hermoso

fango de mujer; atracción psicológica inevitable entre los espíritus enfermos de rencor, de venganza, de odio. Criminal y prostituta son sinónimos de acero e imán; si se acercan se juntan. Esta verdad que presumieron los psicólogos-artistas fue sancionada por la ciencia, inspirando la noción de la "pareja delincuente" que tan hermosas páginas mereció Sighele, Tarde y otros. Pero en Germán y Goga hay más, si cabe; no van al delito colectivo por sugestión del uno sobre el otro, sino por multiplicación recíproca de sus odios en el roce constante de sus almas intensamente degeneradas.

Mujeres anarquistas como Goga no hay. Las petroleras de la Comuna de París, que incendiaban cantando la Carmañola, son invención o leyenda. La misma Luisa Michel es una histérica que entre muchos amantes tuvo uno anarquista que la vinculó al ambiente sectario; cuando perdió su compañero era ya tarde para emanciparse de las sugestiones de la secta. Por otra parte la Michel es feísima, a tal punto que no podría prostituirse si lo quisiera; y casi dan ganas de suponer que siempre ha sido vieja: vieja y fea de nacimiento. Goga, en cambio, es muy hermosa, lo suficiente para seducir y arrastrar *d'emblée* . Es un filtro de vicios supremos, un hervidero de todas las lascivias; es sangrienta y asquerosamente bella.

Se hace anarquista por seguir a Germán, que, en cuanto a anarquismo, es el *íncubo* de la pareja. Y rueda en el torbellino de la propaganda, enturbiando almas, enlodando conciencias, sobornando voluntades, envenenando corazones.

Tiene todas las faltas de una mente histérica; no es firme en el delito, como no lo sería en la virtud si fuera honesta. En una de sus giras de propaganda se encuentra con Dolores. La entrevista se inicia con la sobre posición de Goga, que discurre de la infamia social que pierde a las mujeres pobres, matizando su elocución mediante soeces invectivas. Pero Dolores consigue hacerse escuchar, la piedad vence al odio, la virtud al vicio, la caricia al rasguño. Y en Goga se produce una saludable sacudida psicológica, que sólo se explica tan repentina en su cerebro de histérica. El paréntesis es breve: "Germán la esperaba para entregarla de nuevo al lodazal... y ella, la lujuriosa, cayó esa misma noche con su cuerpo desnudo, de posada en posada, anhelando el brazo de todos los vampiros, sin saciarse jamás, sombría y ávida del limo, como la flor de la ciénaga..."

Y del pantano de la Sensualidad, Germán la arrastra de nuevo a la hoguera de la Revolución. Reaparece al frente de las muchachas en huelga, las muchachas esqueletizas y anémicas, lentamente asesinadas en el taller oscuro y sin oxígeno. Es esa una página superior. No se comenta, no se califica; se lee una vez, y otra, y diez más, y se la encuentra de tal verdad en la crítica social, de tan justa ferocidad en la conducta de las rebeladas, ¡que hasta parece injusto condenar sus fechorías!...

Goga sintetiza el alma de la multitud femenina, que en el delito sobrepuja la ferocidad del hombre, como Ferrero y Lombroso pusieron de relieve, como señaló Sighele en la multitud delincuente, como Zola pintó las mujeres infames de la multitud de Germinal. Ebria de sugestión colectiva, hostigada por su vida de precipicio, es etarra y bacante de la chusma rebelde; y canta, canta estrofas extrañamente siniestras, mientras los sectarios de Germán se baten con los soldados y una batahola de blasfemias y de gritos saluda su último verso.

Ese mismo desborde de actividad psíquica irrita su corteza cerebral y, en misteriosas asociaciones celulares, la invaden las valkirias del delirio. Mientras la chusma le aclama ella

sufre un vuelco psicológico, grita ¡Dolores! ¡Jesús! Y echa a correr, locamente, a saltos, como una bacante borracha. Es el delirio histérico que surge en la ninfómana y la arrastra hacia sus enemigos de ayer, a prevenirles que se salven, a custodiar su puerta contra el aquilón de la ciega multitud que todo lo arrasa y que pretende coronar su obra con las cabezas de los Méndez. Y allí, en la puerta, clavada como una mártir sobre el leño de la crucifixión, Goga espera a las turbas de Germán y les disputa el paso, y les niega el acceso, y se aplasta más y más contra la puerta, mientras las hachas siguen astillándola. "Entonces hubo como un relámpago. La daga había fulgurado, de arriba abajo, en la mano de Germán. Se sintió un crac. Era la punta que había penetrado en la madera, pasando a través de las costillas de Goga; y cuando los otros creyeron que iba a herirla de nuevo, vieron que él se tambaleaba como un borracho, pálido de cera, y que de su boca saltaba una oleada de sangre caliente. El pulmón tuberculoso se había hecho pedazos y había dado en tierra con su cuerpo patibulario. Entonces hubo un agitado remolino; se atropellaron los forajidos los unos sobre los otros; arrojaron las hachas y huyeron en una fuga pavorosa para perderse en las sombras. Y seguían huyendo con una carrera de fantasmas, como flagelados por la lubricidad del delito, mientras los soldados disparaban sus fusiles en las tinieblas. Cuando Goga sintió el frío del cuchillo, dio un grito y bajó la cabeza... y empezó a resbalar hacia abajo sobre el filo de la daga. Después no supo más."

Los Méndez la recogen, la asisten, la consuelan en su hora de adiós, Goga, renegando de su pasado de gloria siniestra, se deja morir como cualquier mujerzuela arrepentida, fácilmente conquistada para una fe que no podía comprender, ni siquiera presumir. Para estos flaqueas psicológicos el análisis científico sólo puede hallar disculpa en su inestabilidad mental de histérica y en los fenómenos delirantes que siguen a su agitación mental de la angustiosa hora de las rebeliones.

Méndez

Ricardo Méndez, dicho sea con franqueza, deja la impresión de un pobre diablo, sin perfil, sin colorido, un protoplasma humano que no asume formas ni caracteres propios, humilde asiduo de sacristías, sin mayor arte ni parte en el desenvolvimiento de la acción: sin Méndez la novela correría lo mismo. Después de Germán, síntesis del mal, sectario del exterminio, cumbre de odio y de feminidad, se tenía algún derecho de esperar un San Francisco de Asís, un enfermo de misticismo, un estilita de la contemplación, un cruzado hierosolimitano, inflamado en el más ardiente incendio de fe que puede abrasar el alma humana.

Méndez no es así, no es síntesis; es un personaje vulgar en las filas del socialismo católico, uno de tantos presidentes de círculo. Y no se diga que el tipo del católico no se presta al desarrollo artístico como el tipo del anarquista. Nombré a San Francisco de Asís, y podría nombrar a Pedro el ermitaño, a Tomás de Too quemada, al rey San Luis; un hombre síntesis, un personaje simbólico, no debe ni puede ser un modesto gregario de la Idea. Se deduce que las mismas razones que obligan a reconocer literariamente óptimo el tipo de Germán, imponen declarar insuficiente a este Ricardo Méndez, falto de genio en la virtud, desprovisto de intensidad en la acción, que no llega a ser el vendaval de la fe y de piedad que es necesario oponer a la avalancha de rebeldes hambrientos que amenaza demoler el escenario del drama. No es siquiera el pedro Froment de Lourdes. Nada. Interviene poco en la acción; entra y sale obedeciendo al traspunte, perdiéndose entre bastidores sin que al público le despierte interés

ni simpatía.

Artística y psicológicamente no existe en *Hacia la Justicia.*

Dolores

Mármol severamente esculpido por un maestro de la estatuaria religiosa, tallado por mano creyente, clásico, sin atrevimiento rodinianos, sin osadías de gesto, de ritmo, de alma, tal es, psicológicamente, Dolores: símbolo hagiográfico de la Caridad cristiana.

No puede hacérsele, frente a Goga, la objeción que a Méndez frente a Germán. Sería bello, es cierto, un tipo de mística batalladora o claustral, Juana de Arco o Teresa de Jesús, con sus claroscuros psicológicos, deslizándose por el fanatismo alucinatorio, con crisis de éxtasis, altruismos patológicos, capaz de hermosos absurdos de poseída medieval, con estigmas, tal como vivieron en el crepúsculo de la era demoníaca.

No es dudoso que un bello contraste naciera de un tipo semejante, frente a frente de Goga, oponiendo una fe única a su depravación también única. Sería más dramático, más emocionante, más estético quizá. Pero tal como surge de toda la obra y como se remata en *Hacia la Justicia* la silueta psicológica de Dolores me parece meridianamente magnífica. Y ya que no ostenta facetas mórbidas en el prisma de su alma, ya que su gesto es siempre parco y mesurado, como si la piedad lo hubiera tallado en blanquísimo paros, debemos admirar su verbo evangélico, y su mirada dulce, y su caricia blanda, y su consuelo penetrante como luz de aureola en las tenebrosidades de las almas perdidas por el vicio.

Siempre es digna. Lleva modestamente el consuelo y el socorro a los menesterosos que de ellos necesitan; da sin mortificar, aconseja sin ofender, conquista sin combatir. Corre por el suburbio en busca de una lágrima enjugable, de una desnudez que cubrir, de un desvarío que evitar. Así llega a una choza donde un anciano se apaga en la miseria. Goga la ha precedido y trabaja con ansiedad de vampiro en la perversión de una huérfana: reconoce a Dolores, insulta en ella al cristianismo, a la caridad; la acosa a insolencias, la deprime, la babosea. Y Dolores, serenamente muda, como quien tiene la conciencia de una alta misión que cumplir, escucha. "Goga hablaba con la cabeza echada para atrás y el cuerpo erguido. Sus narices se dilataban en ese himno de odios y de venganzas. Una luz fría iluminaba el azul de sus ojos. Dolores la miró con tristeza y se acercó a ella, y suavemente le contestó con voz llena de humana pena: -Cuánto mal le habrán hecho los hombres, ¿no es verdad señora? ¡Qué culpables son! ¿Por qué pierden estas divinas hermosuras? Agregó Dolores levantando las manos al cielo como si rezara, ¿por qué las arrebatan a Dios? Venga, Goga. Cálmese. Siéntese aquí. -Acercó una silla. Goga le dirigió una extraña mirada y se sentó".

¡Es la evocación de una escena de fakir indostánico encantador de serpientes! ¡Dolores semeja una maravillosa telaraña psicológica que en las mallas delicadas de su piadoso tejido aprisiona al más venenoso de los insectos!...

Y en ese contraste entre amabas se mantiene vivo, interesante, en todo el desarrollo de la acción novelesca. En la estación, cuando la multitud de peregrinas se estremece a la aparición de la incendiaria, Lola, siempre magnánima, va hacia ella, la consuela, abre en su alma una

grieta a la esperanza. Y la seducción se completa. Goga, convertida por el amor, hasta inmolarse para salvar a la familia de su ángel bienhechor, pagando con su sangre la redención de su espíritu y muriendo, luego, en brazos de los que fueron sus más odiados enemigos.

Como símbolo de la Caridad, Dolores es irreprochable. Esa misma es la causa de su ineficacia sobre la acción total de las masas; porque la Caridad es impotente. No previene el mal, lo repara. Va hacia la enmienda de los efectos pero no corrige las causas, que son muy hondas. La cuestión social no se resuelve con eso. No se trata de dar un mendrugo al que muere de hambre, sino de evitar que el hambre arrecie entre los que trabajan.

Elbio

Y ante Goga moribunda, Sicardi prepara la necesidad psicológica de su nuevo personaje, símbolo de la regeneración por el eclectismo.

Dolores ha convertido a Goga agonizante. Elbio, el joven médico hijo de martín Errécar, sale a la calle y Ricardo así lo dialoga:

"-¿Y?

-Mal -contestó Elbio.

-¡Tanta mala vida, pues! No es cristiana. ¡Cómo la va a salvar Dios -agregó Ricardo.

-No es eso, Ricardo.

-Jamás se ha confesado, Elbio.

-No hace falta eso.

-Ni ha rezado, ni conoce a Dios, ni es cristiana.

-No hace falta. No hace falta -repitió el médico.

-Y sobre todo, es preciso cuidar a Angélica -agregó Ricardo-. Yo ayer no me di cuenta pero la reflexión ha venido. ¡Cómo podemos consentir que se manche de esta forma toda nuestra tradición! Si cura, ¿cómo va a venir con nosotros? ¡Es imposible!"

Así presenta Sicardi, en su desnudez ingrata, al sectarismo negro, más odioso y violento que el sectarismo rojo, ¡sin tener siquiera la piadosa ecuanimidad impuesta por la muerta que se filtra sordamente en las carnes de la mujer impía!...

De allí nace Elbio. "¡Es claro, rompió Elbio impetuosamente, es claro! ¡Jesús perdonaba, pero ustedes lo han perfeccionado y ya no perdonan! ¿Sabes tú lo que exhala ese pobre cuerpo, sabes tú lo que exige esa alma, quebrada injustamente por la miseria y el abandono? ¿Callas, no¿ No ves que lo que exige es la compasión infinita, son todos los perdones, no ves que es moribunda? ¡Lo que yo observo es que, cuanto más sectarios son ustedes, resultan menos

cristianos!"

Para su misión de solucionador Elbio necesitaba ser hijo de Martín Errécar, el viejo sano y laborioso, el obrero de ayer que ha llegado a tener su buen pasar y a enaltecer el apellido con el indispensable doctorado filiar; un pequeño burgués que sin ser reaccionario no ha pensado mucho en las posibilidades de una transmutación social. Elbio en realidad queda profetizado en las pocas palabras de su padre a Méndez: "-¡Esto no anda, esto no anda! Ustedes rezan demasiado y trabajan poco, los anarquistas son holgazanes y obedecen a malos predicadores."

Elbio es un afrodita de la moralidad y de la acción. Es lo que podría titularse un "socialista vergonzante". Quiere el socialismo, nada más, nada menos; lo reconoce bueno y necesario, sabe que es inevitable, pero desea que venga gradualmente, sin sobresaltos, por lisis y no por crisis. Pero, más que todo, se empeña en que no le llamen socialista y hasta se dice enemigo del socialismo, siendo un simple "evolutivo y posibilista" como son hoy los sociólogos ilustrados de todos los países.

Aunque pocos, Elbio tiene momentos felices.

La multitud después de cavar la fosa y abrir con dinamita la cloaca que le servirá de oprobiosa sepultura, se apresta a arrojar en ella a una vieja proxeneta.

En medio de la naúsea inmunda, entre el hedor gangrenoso de aquel ambiente, cuatro bandidos levantan su cuerpo y marchan hacia el pantano. De pronto un hombre atraviesa el paso a la vasta chusma delincuente, y con el gesto, con la mirada resplandeciente, con la palabra sugestivamente dominadora, detiene el crimen, suspende el afrentoso martirio: es Elbio. La multitud se agrieta, se contuerce, se disloca; hay una reacción repentina y un soplo de sensatez orea las mil cabezas que se confunden en el alma de esa multitud inconscientemente arrastrada al delito por la sugestión de Germán el anarquista.

Pocos minutos después, cuando el grupo anarquista se luxa y se separa, queriendo correr tras la ebria ansiedad de sangre y de incendio, Elbio dice un discurso, tan exacto como vulgar, en el que expone los principios del socialismo de Estado, ora dirigiéndose a los ricos, ora a los menesterosos, discurso que, en forma menos literaria, se encuentra en los folletos de propaganda de los clubes socialistas. Su palabra es reposada, justa, casi elocuente. Las masas le aplauden y el tribuno queda convertido en jefe de los trabajadores libres, que proceden bajo su dirección, a solucionar *ipso facto* la cuestión social.

Ya veremos cuán inexactas son estas ilusiones sociológicas que Sicardi cristaliza en la psicología de su Elbio.

Psicología de las multitudes

La psicología de las multitudes, cuyo estudio científico data apenas de pocos lustros, fue en todos los tiempos vigorosamente instruida por los artistas más geniales. Sin hacer una excursión por las obras de los escritores clásicos, señalaremos, al pasar, cómo acuden al recuerdo, los tres tipos más diversos de multitud que han sido encarnados en la literatura.

Ya son multitudes tumultuosas, como las de mercenarios que esculpe y anima Flaubert en su *Salambó* ; ya es la multitud normal, como Hugo la describe en los comienzos de *Notre Dame de Paris* ; ya, por fin, es la multitud blanda, informe, como en *El fuego* la pone D'Annunzio ante su Stelio Effrena, para que él sea su evocador, su animador.

Sienckiewics, en su *Quo Vadis?* , exhibe también diversos bocetos de psicología colectiva: por un parte las multitudes paganas, teniendo por "meneur" a Nerón, esteta, citarista, incendiario, frente a la secta cristiana con sus tres "meneurs" heterogéneos: Pablo, el mensajero, Pedro, el bondadoso, Crispo, el agresivo.

Pero nadie mejor que Zola ha sabido animar a las multitudes bajo el soplo del arte. Le vemos exhibir en *Germinal* las pasiones desenfrenadas de la multitud delincuente; en la *Débâcle* hace palpitar la vida de esa forma especial de multitud que es el ejército en acción; en *Lourdes* nos conduce a contemplar el pío desfile de las multitudes de afligidos y creyentes.

Sicardi ha sido, indudablemente, feliz en la descripción de esas almas colectivas. Su turba anarquista evoca a la de *Germinal;* la de sus católicos invita a recordar las páginas magistrales de *Lourdes.* No temo exceder en el elogio de su psicología artística confesando que, en ciertos momentos, la multitud roja de Sicardi me ha parecido tan llena de intensa vida como las mejores hasta hoy pintadas por los maestros.

La primera multitud se mueve sobre el escenario de la inundación. Es originalmente sorda y silenciosa, legión de vencidos, de harapos humanos perseguidos por las aguas que anegan sus chozas miserables. Marchan en la noche, invisibles, presentidos más bien que descubiertos. Sólo la mansedumbre de los Errécar y el gesto dinamitero de Germán caen, como gotas de laca, sobre el cuadro brumoso en que se mueve la multitud amorfa y anodina.

Esa es la masa inerte, indefinida todavía. Sobre ella actúan, en seguida, los sugestionadores, los caudillos. Germán y Goga esparcen la simiente de la rebelión, los Méndez la del misticismo. Y la masa se organiza, se define, las sectas se forman, engranaje complicado de sugestiones cada vez más complejas, llegando a la acción, al choque, al delito, al exterminio.

En plena palpitación de huelga predica Germán su credo, disecando ante la chusma ignorante las injusticias sociales. "¿Para qué van a rezar? Los obreros no tienen primaveras. La indigencia les ha arrancado el corazón y no los suelta. Dios cuida la casa rica, que regala altares, cirios y custodias; luego los pobres usan la blasfemia y el sarcasmo, lanzándose a la calle con la protesta. Llenan las calles y plazas, acariciando la huelga. Germán guía a la muchedumbre. Habla al pueblo. "Son frases crueles. Hieren. Es el eterno ritornelo que los hace estremecer de miedo, y sobre su banco, en la gran plaza de la ciudad, a la caída de la tarde, entre los rayos del sol tibio que se hundía en la Pampa, mientras los árboles brotan y los pájaros gorjean, la figura del anarquista tenía la apocalíptica grandeza de un fantasma." El escenario necesita nuevos personajes, nuevas comparsas.

Llega la turba de mujeres en desorden, con clamores de tumulto: son las cigarreras enfermas de nicotina, acaudilladas por Goga ebria. Los dos "meneurs", el íncubo y la súcubo de esa pareja criminal, se azuzan, se aguijonean con la espuela estimulante del insulto. Entonces la turba se desenfrena y, semejante a lo que en *Germinal* se hace con el superintendente Maigrat, la multitud pretende hacer con la sucia alcahueta que se disponía a ahogar en la cloaca. En ese

momento surgió Elbio.

Pero la multitud anarquista sigue a Germán ansiosa de entonar su canto siniestro. Goga, libidinosa en su embriaguez de ninfomanía y de crimen, canta su doble himno de lascivia y de anarquía. Y esa marcha de la multitud, ese desfile del ensañamiento criminal colectivo, evoca huestes vandálicas, los grandes arrasamientos de Atila bajo el desfile de sus turbas soberbiamente exterminadoras.

En sinergia de tiempo la multitud mística hace su peregrinación al santuario, buscando la felicidad en el éxtasis, la resignación en la plegaria, siguiendo al insulso Méndez, que hace lamentar la ausencia de un Froment, y pisando la estela de piedad que deja a su espalda Dolores. Ya de regreso, la multitud de místicos acampa en la estación cuando la turba anarquista se acerca con mugido de amenaza. Acude la tropa a protegerlos y el choque es terrible. Y mientras los rojos combaten por su fe atea, los negros "se escurren lentamente hacia los clubes del centro de la ciudad y una vez conjurado el peligro entonan un himno a María, que se dilata por las calles, como un soplo de fe y de heroísmo...."

Esa pasiva cobardía de la chusma católica, que sólo parece estoica por su incapacidad de ser viril, abre la vía a la irrupción de la multitud enloquecida, que llega ritmando estertores de tempestad, entre las brumas sombrías de la noche invasora. Y el aquilón, mugiendo la tétrica sinfonía de mil clamores hambrientos, se acerca pavorosamente amenazador. Son miles de cuerpos que viven bajo la fetidez injuriosa del harapo, miles de corazones que ignoran la ternura y el amor por que el alma se envenena cuando el estómago siente el latigazo hostigador de la miseria, por que la razón se obsesiona cuando el cerebro no ha sido emancipado de la inhibición terrible en que le mantiene la ignorancia. Así "los malos pastores", como los llama Mirbeau, van a sufrir las consecuencias indirectas de su inepto patronazgo que hambrea y bestializa a esas multitudes que se aproximan.

"A los lejos, se veía el tumulto de los anarquistas, con hachones encendidos que arrojaban en lo alto sus crenchas de llamas verdosas. Parecía un ejército de fantasmas, en un desenfrenado desorden, ocupando calles y veredas, y furiosamente bramando hacia el gran portón de la fábrica. El edificio estaba silencioso y sin luz, como si hubiera sido abandonado, con algo de esquivo y tenebroso. Parecía esconder una celada. Para llegar a él, tenían que atravesar las filas de los católicos, que seguían cantando el himno a María. Por fin vino el choque. Las dos psicologías se preparaban a despedazarse. De un lado los cruzados, dispuestos a morir y a matar por la religión; del otro los vengadores, dispuestos a morir y a matar por los sacrificados de todos los tiempos."

Méndez y Germán se divisan en el entrevero, se acercan, se injurian, se enardecen. Germán se aproxima cada vez más, con el puñal en alto y con los ojos enloquecidos.

"Y cuando se iban a herir con furor, una oleada de pueblo los arrebató en alto y los separó, en una espantosa zinguizarra, arrastrándolos a través de la gritería y del estrépito. Aquí caía uno, allí otro, manchado de sangre: más allá un alarido de dolor, que sacudía la tiniebla; el sordo rodar de cuerpos por los adoquines, una marejada humana, aplastada contra las paredes, y tirada por todas partes; el tambalear de una muchedumbre, que parecía borracha de cólera, en medio del desesperado pujar de brazos y cuerpos y del estertor sofocado de los que se asfixian. Una llamarada de incendio resplandeció, bruscamente, en la calle tumultuaria, y

aparecieron, en la claridad, los rostros trágicos de los combatientes, iluminados por el fuego siniestro. En frente de ellos ardía la fábrica y detrás de los cristales sucios se veía el fulgor de la hoguera y las llamas que escapaban fuera, resoplando en medio de la estridente carbonización de los tabacos y del estampido de los techos al derrumbarse. El horizonte se tiñó de rojo y una nube de humo, salpicada de chispas y de haces ardientes, se dispersó en el aire caliginoso. Y mientras el calor quemaba las tropas y hacía retroceder y huir a la multitud agitada, una descarga de fusilería, llena de amenazas, apuró los miedos de los fugitivos, que se atropellaban por las calles iluminadas, en medio de alaridos feroces.

"-¡Los soldados! ¡Los soldados! -gritaban-. Los católicos los traen. ¡Asesinos! ¡A la casa de Méndez! ¡Al jefe canalla! ¡La muerte! ¡La muerte!

"Y cuando los anarquistas se dirigieron, rugiendo, hacia la casa de anchos corredores, los clericales se reunieron lejos, silenciosos y resignados, en su enorme grupo, heroicamente lentos, aceptando aquel inmerecido martirio. Y desparecieron, siempre tranquilos, en su marcha solemne por calles desiertas, como si aquel morir de los amigos por la fe fuera savia que robusteciera el manantial de divina gracia.

"Los heridos que podían caminar los acompañaban sin quejarse y agradecían, en silencio, al Dios de los fuertes, que los hubiera probado. ¡Eran almas de grandeza estoica, que veían correr la sangre de sus cuerpos y la ofrecían en holocausto, y ultrasectarios que rezaban muriendo, convencidos de redimir al mundo, mientras los anarquistas que yacían con vida sobre el pavimento, aceptaban el sacrificio, que iba a mejorar la vida de los proletarios entristecidos, los parias miserables de todas las épocas!

"Un grupo de hombres, arrancado de la estación por la fuga, perseguido por las descargas de los soldados, borrachos de alcohol y de rabia, se azotó, corriendo, hacia la casa de Méndez. En la punta, Germán, con torvo gesto, lo animaba, con la blasfemia homicida. Su cara era tétrica; sus ropas estaban manchadas de sangre. En la carrera veloz tosía a cada rato y arrojaba esputos rosados. Nunca, como en ese momento, había sido más lúgubre su alma de crimen, salvaje en el rencor de la derrota, enajenada en aquella orgía de delito, en aquella lujuria de devastación y de muerte. Su voz no se oía, en el clamoreo horrendo de la hora; pero sus ojos daban miedo, rodeados de una vislumbre escarlata. Hay en la calle, entre las sombras de la noche, el terror de estepa solitaria, por donde pasan aquellos de la tierra baja. ¡Tristes malditos, arrebatados por la sombría demencia! Y Germán adelante siempre, gigantesco y lívido como si caminaran con él los bandoleros de todas las cárceles, las sentinas y las zahúrdas, que cobijan y ocultan los vicios y las degeneraciones de la recua humana. Ya no era un hombre aquel; parecía un furioso orgasmo, que alzaba sobre toda la cabeza satánica, en un paroxismo de cólera, en esa agitación de exterminio y de venganza. El espectro de Enrique Valverde le gritaba al oído las palabras fatídicas:

"-Te encontrarás con los Méndez. Han ofendido a tu padre. ¡Aniquílalos!

"Cien varas adelante, corría Goga con las crenchas al viento, con las ropas desgarradas. Su carrera era vertiginosa. Sentía detrás el estrépito de los bandidos que se acercaban. A lo lejos un redoblar de tambores; las casas temblaban. Si llegaría en tiempo para salvar a Dolores? Agarró el llamador con todas sus fuerzas y la calle resonó de los estampidos del hierro. Acercó el oído a la cerradura y sintió como un murmullo tranquilo y largo. Goga había

comprendido.

"-Están rezando el rosario -exclamó-, ¡Jesús! Los van a matar.

"Y levantó el llamador y la calle resonó del grave estampido de los golpes. Entonces se azotó muchas veces cono una loca, con todo su cuerpo, contra los batientes. Adentro se sentía el mismo murmullo tranquilo y largo. Seguían rezando el rosario, en los momentos que aparecía la lívida máscara de Germán Valverde, iluminada por un hachón de resinas. Traía en la mano una daga brillante: otros blandían hachas. Cuando llegaron cerca, Goga daba espaldas a la puerta y había extendido los brazos para defenderla. En ese momento tenía en el rostro una serena hermosura de ángel y en los ojos una transfiguración de cielo. Sus cabellos caían, como un río de oro, sobre el pecho desnudo. Era casi una casta, en su tranquilo heroísmo de mártir!

"El redoblar de los tambores se oía más cerca. Los soldados ya dispersaban la retaguardia en momentos en que las hachas caían sobre la puerta a despedazarla.

"-¡Fuera Goga! Fuera -rugió Germán abalanzándose sobre ella-. ¡Gran perra! ¡También tú los defiendes!"

Y aquí fue cuando Germán, ciego, blandió su daga filosa contra el busto provocativo de Goga, que antes acribillara tantas veces con sus besos sangrientamente obscenos. Enseguida de clavarla en la puerta cayó bajo el estallido sanguinolento de su pulmón tuberculoso, mientras la turba, asombrada de su propia infamia, huía pavorosamente a ocultar en la noche la vergüenza de sus delitos.

Son páginas perfectas, páginas de maestro, que arrastran al lector, apasionan, caldean, contrastando con la inexplicable frialdad de las multitudes de obreros modelos que siguen a Elbio.

¡Será que la bonanza no tiene en su mudo cordaje los ritmos sonoros y tempestuosos del huracán! Y en las almas sucede lo que en la naturaleza.

Conclusiones

Las páginas de arte que acabamos de analizar confirman, una vez más, algunas de las principales conclusiones de la psicopatología de las multitudes, a cuyo estudio científico se asocian los nombres de Sighele, Lebon, Ferri, Tarde, Rossi, Miceli, Groppali, Nina Rodríguez, Ramos Mejía, Sergí, Jelgersma, Orano, Laborde, Piazzi y otros.

Germán, instigador de la multitud anarquista, es un DEGENERADO HEREDITARIO, hijo de un padre criminal nato y de una madre que no conoce. Le han faltado la caricia maternal y la tibia dulzura del hogar. Su educación es torcida. De lo brazos mercenarios, en que oyera las nemias adormecedoras, pasa al colegio de jesuitas, donde un vaho de hipocresía rebela precozmente su espíritu. Las lecturas anarquistas encuentran en su alma un humus propicio para el florecimiento de las odiosidades. Su padre, en un venenoso testamento, le conmina a las más abstrusas venganzas contra toda la sociedad. Así se forma esta siniestra psicología

que se precipita locamente en el despeñadero de la criminalidad colectiva.

Goga es una HISTERICA. Nace en el charco y crece sin subordinación a la moralidad del medio en que vive. La miseria la empuja entre los brazos de un hombre infame, que la abandona enseguida a la prostitución. La histérica prostituta se encuentra con el degenerado criminal; la morbosidad recíproca los atrae y constituyen la PAREJA CRIMINAL.

El anarquismo entre como factor ocasional en su psicología. Germán se autosugestiona por lecturas sectarias y las infunde a Goga; él es el INCUBO y ella la SUCUBO de la pareja.

Méndez es hijo de un suicida y su psicología es indecisa. Es un SECTARIO incapaz de altos vuelos mentales ni de bellos gestos en la acción. Su retrato está, entero, en su diálogo con Elbio, en presencia de Goga moribunda.

Dolores es una MISTICA que ha hecho de su vida una piadosa peregrinación a través de las lágrimas de los desgraciados.

Elbio es un ILUSO OPTIMISTA, con ingenios pujos de apóstol.

La multitud primitiva, la que desfila silenciosamente bajo la lluvia y entre la inundación, es amorfa; es una masa humana sin sentimientos colectivos, una MULTITUD NO ORGANIZADA. Las sugestiones de los "meneurs" la animan, dándole sentimiento y organización. Así se forma la MULTITUD CRIMINAL, que va al crimen en la más plena inconciencia y con absoluta irresponsabilidad de los actos que realiza; a su lado se mueve cobardemente la MULTITUD MISTICA. Entre ambas nace la ilusoria MULTITUD POLÍTICA sugestionada por Elbio, a la que el autor pretende atribuir una conciencia clara de su misión, erigiéndola en partido de reforma social.